

Cuatro constantes en la literatura caldense

Escribe: HECTOR JUAN JARAMILLO

— 1 —

¿Qué pasa con los escritores caldenses? He aquí una pregunta que se formulan perplejos quienes no saben hoy a qué atenerse, el ver que al afán panegirista y a la pueblerina susceptibilidad ante las críticas foráneas, ha sucedido un movimiento de revaluación que ya es incontenible. La pregunta no deja de ser incitante, máxime cuando el tema se aboca no con una intención personalista y anecdótica, sino con el interés de descubrir los resortes que han determinado el funcionamiento de nuestra literatura, y de someter su estructura a una escrupulosa revisión. Sobre todo de inquirir el motivo de nuestra esterilidad, especialmente en el dominio de las ideas puras.

Es sencillo constatar cómo en Caldas hasta ahora nuestros escritores han sido meros verbalistas, esto es: oradores, poetas (casi siempre malos poetas) y literatos. Pero en el terreno ideológico aquí espantan. Ninguna fortaleza teórica se alza en ese yermo, porque nadie ha tenido el valor y la densidad mental suficientes para llevar a cabo el insólito proceso de alquimia, que consiste en trascender los hechos apropiándose los por medio de la teoría. A lo sumo se han erigido castillos de arena.

Generalizando por un lado y restringiéndonos por el otro, podría afirmarse que en nuestra comarca todo el mundo es orador o poeta mientras no se demuestre lo contrario. El caldense se nutre de la elocuencia y de la imagen. O sea que el nuestro es un pueblo sensualista e incontinente hasta en lo espiritual.

A esa forma que el sensualismo ha revestido entre nosotros podría dominársela “papilaridad intelectual”; distintiva por otra parte del hombre de letras latinoamericano. Posee este un entendimiento táctil, y vive de las sensaciones que le transmiten las “papilas” del intelecto. Así llega a formarse solo “ideas topográficas” de las cosas, cuando no se estanca

en el ámbito de la imagen, que viene a ser la carne de la idea. Ahora bien, como tiene un trato meramente carnal con estas, con los valores, con los fenómenos; ellos le atraen mientras puedan proporcionarle un placer táctil y cinestésico. Yerra entonces de epidermis en epidermis sin que nunca su voluptuosidad se vea saciada por la posesión plena. De aquí su incontinencia, de aquí su mariposeo, de aquí su increactividad, y de aquí además que pueda considerársele un eunuco del espíritu. Nuestro intelectual —como afirmaba malévolamente algún ingenio criollo sobre López de Mesa— “ha consagrado su vida a manosear todas las ideas sin violar una sola”. Esto en el mejor de los casos. Porque no faltan quienes se decidan a guardar fidelidad a alguno de los objetos que se ofrecen a su concupiscencia, llegando entonces a conocer perfectamente su geografía, pero jamás sus estratos geológicos.

Tal vez así se explique satisfactoriamente el proceso de la vida literaria en nuestro departamento. Pero como ya he escrito algo sobre el tema y pienso estudiarlo con mayor amplitud, no me detendré más en su análisis para no repetirme. Sí pretendo esbozar en cambio (pues apenas el esbozo cabe en los límites de un escrito como el presente) las constantes que han informado el devenir intelectual de lo que hasta hace poco llamábamos Caldas; condicionadas a su vez por los factores que acabo de enunciar.

— 2 —

Si en la órbita de la vida nuestros literatos han obedecido y siguen obedeciendo a una trilogía compuesta por la bohemia, la pederastia y un antiburguesismo trasnochado y chillón; en la del pensamiento no han superado esa etapa balbuciente de su desarrollo, caracterizada por el facilismo, la fraseología, el diletantismo y la improvisación.

El facilismo es un virus que nos llegó del medio. No es necesario devanarse los sesos para darse cuenta de que el escritor colombiano, pero primordialmente el caldense, escribe “muy fácil”. Sartre pregunta en *Las palabras*: “¿Crees acaso que las grandes obras nacen de las plumas fáciles?”. Y ese interrogante ha sido absuelto aquí de una manera negativa. Es que la nuestra no es la “difícil facilidad” de los clásicos. Es en cambio la facilidad del verboso, que construye palabras sobre palabras y frases sobre frases, y a quien las cosas le suenan tan bien dichas que después no es capaz de rectificarlas, aunque en el fondo sean únicamente baratijas.

No hay preparación, no hay investigación, no hay profundización. Basta con sentarse y esperar a que el licor, la droga, la charla de café, o el recuerdo de la “amada lejana”, nos traigan la “esquiva inspiración”. Lo demás es dejar correr el lápiz y esperar a que termine el trance, arrobados como el virtuoso por las notas que salen al azar del instrumento. (Y ya estoy tornándome elocuente como todo caldense que se respete). Son inconcebibles entre nosotros las áridas jornadas del autor europeo, la tediosa preparación de sus obras y su enclaustramiento creador. Pues el pensamiento es aquí un juego de salón, y en los salones solo se aplauden la frivolidad, el ingenio, el ilusionismo verbal. Con la golosina de los aplausos

queda colmado el vientre de nuestros narcisos, quienes han montado para ello una exclusiva sociedad de elogios mutuos. Para los otros, es decir para los concienzudos llamados con peyoración trascendentales, se reserva el limbo de los desconocidos.

— 3 —

Como el caldense escribe tan fácil, no puede resistirse a la tentación de cometer frases en serie. ¡Las hace tan bonitas! El caldense es el hombre de la frase; de la buena, de la mala, y sobre todo de la deplorable. Como que todavía se halla en boga por acá la lectura de los diccionarios de frases célebres, y de las máximas al estilo del señor La Rochefoucauld. Nuestros autores —semejantes a Grand el personaje de Camus— pulen sus frases setenta veces, siete antes de darlas a la publicidad. Bien saben que por ellas, no por la consistencia, el rigor o la hondura, se salvará su obra. Si no hemos descubierto ninguna idea, si no hemos profundizado en ningún campo, si no hemos levantado ninguna teoría, ello poco importa, pues hemos confeccionado algunas frases estupendas. Es que nada hay más fácil que escamotear la idea aparentándola, y el caldense es un fraseólogo porque es precisamente un facilista.

La proliferación del adjetivo es resultante o causa, no lo se bien, de nuestro fraseologismo. “El adjetivo cuando no da vida, mata”, sentenció Huidobro. Y yo a mi vez preguntaría radicalizando más aún la cuestión: ¿han matado a nuestros escritores las partes adjetivas de la oración?; llamándolas así para otorgarle instrumentalidad al nombre. Porque todo individuo nacido entre el Magdalena y el San Juan —lo digo por experiencia propia— sabe que para él es poco menos que imposible concebir un período mondo, desnudo de oropeles. Donde un orador moderno como Kennedy diga: “Estamos vinculados al mar”, un tribuno de los de casa, el más discreto, exclamará, porque no puede menos, “estamos ligados indisolublemente al mar”. Pero lo importante no es la casuística, sino el considerar a la fronda adjetival y fraseológica como uno de los síntomas de nuestra incontinencia; diversificando un poco, eso sí, el cariz que le venimos confirmando al vocablo. Y darnos cuenta de que desde el momento en en el cual hemos confundido a lo secundario si no superfluo —es decir a lo adjetivo— con lo primordial; estamos haciendo una literatura adiposa, y patinando en los terrenos de la adulteración y de su consecuencia: el sucedáneo verbal.

— 4 —

Así como el facilismo y la fraseología son manifestaciones de la incontinencia y de la papilaridad intelectual que nos distinguen —manifestaciones más advertibles entre menos lecturas posea el escritor— el vagabundaje cultural que caracteriza a nuestros escritores ilustrados, y con mayor frecuencia apenas informados, constituye también una significativa muestra de ambas.

Los pecados capitales que allí tienen su origen (páseseme por esta vez el moralismo cultural) son la lujuria, la gula y la pereza. El lujurioso

manoseo de los conocimientos les veda el ascetismo necesario para poseer una cultura vertical, y los priva del método indispensable para alcanzar el orden y el rigor que ella exige. Sobre todo los impulsa —en el ansia de hacerse rápidamente a los objetos que impresionen la retina de su inteligencia— a eludir el tortuoso camino de los procesos, para apropiarse apenas de los resultados, casi siempre de segunda o de tercera mano. Pierden así toda capacidad de análisis y crítica. La gula les hace poseer en su contextura cultural, tejidos adiposos que le restan esencia. La desidia, por fin, les impide adquirir la disciplina ineludible para acumular esa enorme suma de conocimientos y llevarla a su elaboración definitiva. No se hallan pues en condiciones de fagocitarse un universo, lo que constituye en última instancia la cultura.

Aun si estuvieran en capacidad de realizarlo, se encontrarían con una tradición y un medio que los conducen a la dispersión casi fatalmente. Valdría la pena investigar con cuidado qué factores han determinado que ninguno de los caldenses, incluso los dotados de las potencialidades requeridas, haya podido llevar a su culminación ese proceso de apropiación y de síntesis; y que irrevocablemente se vean forzados a disgregar sus pocas o muchas energías. Pues solo atacando la endemia de raíz podremos saber si su erradicación es todavía posible.

— 5 —

Llego ahora a la entraña del problema, que deliberadamente quise dejar para el final: la improvisación. Qué son la fraseología, el facilismo y el diletantismo; sino la improvisación de un período, de una obra, de una cultura. Y qué es la improvisación, sino el producto de esa papilaridad y de esa incontinencia, que buscan ávidamente fachadas y donde no las encuentran las erigen a toda prisa con materiales deleznables. Fachadas deslumbrantes muchas veces, porque el verbalista tiene sobre el ideólogo la ventaja de deslumbramiento. Pero si se analizan lúcidamente esas obras por medio de una lectura cuidadosa y repetida —virtud que no poseemos en Caldas, de aquí la frecuencia de tales estafas— al deslumbramiento sucede el desencanto, a medida que vemos que del escrito solo queda valiendo la armazón formal. Son en fin la arquitectura sin estructura, la inteligencia sin talento. “Vendedores de humo” llaman los italianos a estos sujetos, quienes no son por lo visto exclusividad comarcana.

Ya lo insinué y ahora lo explico: lo que nos ha hecho falta a los caldenses ha sido talento para administrar la inteligencia. Somos un solar lleno de inteligencia silvestre. A falta de talento falta de solidez interna. De aquí que en esta parcela de Colombia la inteligencia improvise teorías con la misma facilidad y engañosa perspectiva con que se construye un castillo de arena. De aquí también que vayan cayendo una sobre otra, porque ni siquiera resisten el soplo de una brisa. La que nos ha llegado ha provenido casi siempre de afuera, pues entre nosotros parece que la crítica apenas comienza a despertar de su siesta aldeana.

¿Por qué tanta improvisación? Porque al no haber sido capaces de transpasar la corteza, a fin de descubrir los caudales subterráneos origen de toda creación auténtica; el deseo de parecer originales nos ha llevado

a recurrir al capricho y a la arbitrariedad para edificar fortalezas en el aire, o más exactamente “teorías aéreas”. Entre el “anteísmo” y el “icaris-
mo”, hemos tomado partido sin vacilar por el hijo de Dédalo. Lo que pretendemos es pues volar muy alto con alas de cera, olvidando que el genuino creador intelectual —a diferencia del artístico— debe estar tocando la tierra para recuperar sus fuerzas.

Este afán desmedido de constituírnos en Adanes, de ser primeros hombres que reniegan de todo cordón umbilical; y el apelar para lograrlo a recursos fraudulentos a falta de creatividad auténtica, o en el mejor de los casos por prisa, por facilidad o por pereza; es lo que he llamado la “política de la originalidad”. A dicha forma de la improvisación han sucumbido muchas de nuestras mejores inteligencias, no solo de Caldas; también de Colombia y en general de Latinoamérica. Y ella explica en buena parte la inconsistencia de nuestra cultura, si es posible darle nombre tan comprometedor.

— 6 —

No se entienda que por lo expresado estoy abogando por esa horrenda literatura provinciana, con su fragancia de hortalizas, su esencia de agua de colonia y su semblante parroquial y saludable; tan del gusto de otras provincias colombianas, sobre todo Antioquia. No ha sido tampoco mi intención desarrollar aquí una teoría acerca de la literatura, sino exponer someramente las causas que han motivado nuestra anemia, especialmente ideológica. Queda entonces una tarea formidable por cumplir: la de sentar las bases para una reestructuración de nuestra vida cultural. ¿Pero sí tendremos una suficiente capacidad de reajuste como para llevar a cabo esa reestructuración? Después de todo, terminar con una pregunta no es terminar por completo, sino abrirse a un nuevo ciclo, que es lo que requiere precisamente Caldas dentro de su evolución intelectual.